

[**Pensar lo nacional**

Pensar Venezuela en clave histórica

Luis Ricardo Dávila]

De modo que es normal que las transiciones mentales sean lentas. Y no por eso los países están atrasados.

Germán Carrera Damas

octubre-noviembre, 2004

Los atajos de la Historia y espíritu romántico

En Venezuela ha llegado el momento de pensar con seriedad, esto es críticamente nuestro ser histórico. O, acaso ese momento que trae consigo asumir nuevas formas de conciencia histórica está allí desde hace tiempo, sin saberlo. Con obcecada insistencia solemos los venezolanos mostrar nuestro pasado para hallar en él causas de orgullo. La ética subyacente a esta insistencia se resume en expresiones del tipo: “Seremos porque hemos sido”, “Somos herederos de nuestros Libertadores”, “Si nuestro pasado fue heroico y glorioso, igual será nuestro porvenir”, “El pueblo venezolano es un pueblo libertario, y la libertad es su principal condición”. Expresiones que por veces contrastan con las realidades que ellas mismas ocultan. Siempre tomamos atajos para evitar pensarnos como lo que realmente somos. Atajos que no nos dejan pensar el limitado y por veces frustrante trato diario con el presente. Y este ha sido, quizás,

el gran legado de la historia patria y de la historia nacional, es decir, de las historias oficiales. Mientras que la primera se ha ocupado insistentemente de la justificación y defensa de la independencia nacional; la segunda, ha sido construida para legitimar la estructura de poder existente desde nuestro nacimiento mismo como república, para justificar una cierta lógica de dominación. Ambas, historia patria e historia nacional, han ido formando estereotipos mentales que interpretan y explican lo que somos. Mecanismos hasta cierto punto justificables, reproducidos incesantemente con ayuda de las costumbres y tradiciones, las ideologías, sus ideas y sus discursos, la familia, la educación, la religión, el Estado y una cierta ética republicana. Su reproducción contiene una inmensa manipulación de las formas de conciencia asumidas por la sociedad. El producto de esta operación altamente ideológica —la “trampa ideológica” originaria de que habla Germán Carrera Damas¹— ha resultado eficiente para sostener en el tiempo una cierta narrativa histórica que nos explica sin más, sin poder recurrir ni siquiera a la duda, mucho menos a la crítica.

Una serie de lugares comunes para explicar nuestra historia se han establecido en la historiografía de nuestros anales y nos han acostumbrado a pensarnos en perpetuo estado de crisis y de transformación. Nuestra ética política ha gobernado, a través del lenguaje, una cierta retórica de la transformación radical y total. Es esta la promesa que aparece en cada nuevo dirigente, en cada nuevo programa de gobierno, en cada nuevo discurso ideológico: recomenzar la historia, reinventar la nación, refundar la república, realizar la segunda independencia nacional. Son estas posiciones discursivas falaces, posiciones que sublevan los espíritus pero son una gran mentira. Son fruto del romanticismo político aún inacabado en nuestra mentalidad, son fruto de esa suerte de imaginario de tierra caliente que nos gobierna. En primer lugar porque la historia nunca recomienza, y peor todavía nada ni nadie inventan una nación. La poética de la invención no es más que el brazo astuto, manipulador, de la aspiración dominadora.

¹ Entre sus obras, ver: *Una nación llamada Venezuela (Proceso socio-histórico de Venezuela, 1810-1974. Conferencias)*, Caracas: Monte Ávila Editores, 4ª edición, 1991 (1980); *Venezuela: Proyecto nacional y poder social*, Barcelona: Editorial Crítica, 1986; *De la dificultad de ser criollo*, Caracas: Grijalbo, 1993.

Pero en segundo lugar, en el mejor de los casos, los momentos de mayor transformación que nos hayan ocurrido no han sido generados por nosotros mismos. Por el contrario, han sido detonados por acontecimientos externos. Si asalta la duda, pensemos sólo en la Independencia de España y en el surgimiento del petróleo. Con todo y su importancia ambos acontecimientos no nos permitieron lograr hacer las tan pregonadas transformaciones. Luego de la ruptura con España continuó la misma estructura de castas y privilegios como en los mejores días coloniales. No se vieron cambios estructurales por ningún lado. Por su parte, en la era petrolera, la pregonada siembra del petróleo que no fue sólo consigna, sino la ideología y hasta la teoría de la Venezuela moderna, si acaso significó un avance en materia de infraestructura nada deleznable por cierto, luego se convirtió en mera apropiación privada de una riqueza pública rompiendo los cánones de la mejor virtud republicana, hasta llegar a exhibir los inmensos niveles de pobreza que hoy caracterizan a esta república petrolera. En fin, toda esta promesa de transformación, todo este inflar de sentido la palabra revolución no obedece más que a la retórica y a la ilusión de “ese guerrillero mental que lleva todo venezolano por dentro”, como diría Luis Castro Leiva. Retórica e ilusión que permanecen estampadas en el alma y la conciencia de todo venezolano.

Estas son características culturales de hondo arraigo y aquí el argumento cultural es bastante complejo y fuerte. La fortaleza del argumento por veces deviene en un narcisismo que nutre esa constante idea que mediante un gesto, mediante la audacia vamos a transformarlo todo sin realmente transformar nada. Es el eterno hombre que se dice dispuesto a la audacia, repartiendo las ilusiones de transformarlo todo. Las raíces de este complejo psicológico y cultural pueden explorarse en clave histórica. Y es eso lo que trataremos de hacer en lo que sigue.

Mi propósito es sencillo, apenas sugerir tres cosas, pensar tres rasgos que no son necesariamente independientes, sino que están íntimamente vinculados, por veces se entrecruzan y hasta se solapan. Primero: colocar en perspectiva histórica el substrato monárquico que nunca nos ha abandonado y que se reproduce en la república y en sus prácticas. Segundo: mostrar el itinerario de la palabra revolución que acompaña a una cierta forma de hacer política. Tercero: ilustrar el papel de las armas y de la palabra para reproducir y justificar el orden republicano.

El sustrato monárquico

Fue Venezuela uno de los países donde la Historia se vivió más como tormenta y como drama.

Mariano Picón-Salas

Comienzo preguntándome por la raíz y el rostro de esa tormenta y ese drama: ¿Cómo se traduce todo esto históricamente? La historiografía patria siempre fue muy cuidadosa en esconder, para que luego se olvidase, el hecho de que Venezuela, al igual que el resto de las naciones hispanoamericanas, surgieron de un conjunto político único: la Monarquía hispánica. A partir de este olvido se construyeron durante casi dos siglos todas las interpretaciones y mitos que gobiernan nuestro imaginario republicano. Así se asoció confusamente el término “patria” al de “nación” lo que conllevó a la reconstrucción de memorias históricas –distintas a la memoria social²– que actuaron a la vez como elementos de legitimación de la nueva estructura de poder y augurio venturoso del común destino. Ingresaron en nuestro lenguaje términos e imágenes tan vagas como “emancipación nacional, nacionalismo, descolonización, países nuevos, independencia”, entre otros. Estas construcciones historiográficas, este léxico prestado a las problemáticas nacionales de otros continentes, se convirtieron en lugares comunes propicios para todas las ambigüedades y todos los anacronismos.

Diré más todavía, buena parte del discurso justificador de la independencia venezolana se funda, como bien sabemos, sobre el presupuesto implícito o explícito de la emancipación nacional. Bajo una supuesta y aparente claridad de esta expresión se esconden, sin embargo, ambigüedades que proceden del olvido y confusión entre patria y nación, así como de una manipulación ideológica siempre latente en el espíritu nacional acerca de nuestra identidad con el reino. El problema de Venezuela y, en general, de toda la América hispana no es el de las nacionalidades diferentes que se construyen en Estados, sino: “el problema de construir a

² Sobre esta diferencia, ver Connerton, P., *How societies remember*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989, pp. 13 ss.

partir de una misma nacionalidad hispánica, naciones separadas y diferentes"³.

Dos cosas a retener de este hecho. Uno, la extraordinaria homogeneidad política, religiosa, institucional, lingüística y cultural de la Monarquía hispánica. Dos, la confusión semántica entre los sentidos políticos del término nación (ser un Estado soberano) y uno de sus sentidos culturales (ser una comunidad humana dotada de una identidad singular). Así la historia patria se consagró a convertir la independencia de Venezuela en punto de llegada, forzando de esta manera la creencia en una idílica preexistencia de la nación. Cuando la observación crítica muestra lo contrario. La independencia de España no fue punto de llegada sino de partida para consolidar la nacionalidad, la nación y su ideología inherente, el nacionalismo. Esto me lleva a un primer argumento: los venezolanos, tanto a escala dirigente como subalterna, tenemos un substrato monárquico vinculado a nuestra identidad con el reino que aún gobierna el imaginario colectivo y no es ni un atavismo ni una rémora; es el producto de un desarrollo histórico aún no digerido críticamente, sino por el contrario encubierto y manipulado ideológicamente, esto es, de manera interesada y acomodaticia, para legitimar la estructura de poder republicana.

Este argumento se puede ilustrar a través de varios momentos:

Al sustituirse la autoridad del Rey por el principio de la soberanía popular inherente a los movimientos y a la teoría política de 1810 y 1811. En medio de aquella pluralidad compleja de identidades que conformaban a la América española, existía un grado superior de identidad que se hacía visible en la Capitanía General de Venezuela: la pertenencia a la Monarquía o, en los términos de 1808, la pertenencia a la nación española. Se trataba de una identidad muy fuerte no sólo por su componente dominador, sino también —en especial para buena parte de los criollos— por la memoria de su lugar de origen en la Península y por unos vínculos familiares con los peninsulares que el continuo flujo migratorio reforzaba. Casi todos aquellos quienes precipitaron la insurgencia contra España eran de origen español o mestizo. Pero, además, recordemos que la unidad política americana se basaba en vínculos personales y colectivos con

³ Guerra, F-X., "La nation en Amérique espagnole. Le problème des origines", en Jean Baechler et al, *La Nation*, París: Hautes Etudes-Gallimard-Le Seuil, 1995, p. 87.

el Rey, ratificados por un juramento de fidelidad. A su lado existía una unidad político-religiosa fundamentada en la adhesión a los valores de una Monarquía Católica. Así la lealtad al Rey es inseparable de la adhesión a la religión. El discurso patriótico de 1810, por ejemplo, expresa sin cesar estos valores, compartidos a su vez por la masa de la población.

Un segundo momento se presenta con la ruptura colonial. La dificultad se hace más compleja: ¿Cómo pensar la independencia bajo esta identificación con el catolicismo y con la lealtad monárquica? Es decir, ¿cómo se puede al mismo tiempo ser independiente, republicano y católico? El lugar del poder no podía quedar vacío. La expresión de esta complejidad se hace visible en los preámbulos religiosos de la primera Constitución de 1811: "En el nombre de Dios todo poderoso" deseando "Conservar pura e ilesa la sagrada religión de nuestros mayores", se declara "La Religión Católica, Apostólica y Romana... la del Estado y la única y exclusiva de los habitantes de Venezuela"⁴. De allí que a pesar del movimiento sedicioso contra la Monarquía española se proclame la lealtad al Rey Fernando VII y a su religión; "la máscara de Fernando, la máscara de la libertad" de que hablan algunos⁵. Acaso, ¿no son significativos a este respecto los términos del subtítulo de la obra de Juan Germán Roscio, una de las más poderosas argumentaciones liberales contra la Monarquía: "Es la confesión de un pecador arrepentido de sus pecados y dedicado a desagrar en esta parte a la religión ofendida con el sistema de la tiranía"⁶. Y de allí también que el proceso de independencia se convierta en una guerra civil. Es decir, se trataba más que de un proceso bélico contra la Monarquía, de un enfrentamiento entre venezolanos, una vez desintegrada la estructura de poder interna de la sociedad colonial, que se había buscado preservar una vez iniciada la disputa de la Independencia.

Esta forma de identidad política con lazos indisolubles de un gobierno, una fe y una cabeza única de poder —símbolo de la estructura mo-

⁴ Brewer Carías, A., (ed.), *Las Constituciones de Venezuela*, Caracas-Madrid, Universidad Católica del Táchira. Instituto de Estudios de Administración Local-Centro de Estudios Constitucionales, 1985, pp. 181-182.

⁵ Viso, A.B., *Las revoluciones terribles*, Caracas: Grijalbo, 2ª edición, 2000 (1997), p. 72.

⁶ Roscio, J.G., *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*, (subtítulo citado arriba), Caracas: Monte Ávila Editores, (prólogo de Domingo Miliani), 1983 (1817).

nárquica— se mantendrá durante las guerras de independencia en la figura del Libertador en singular: “Prueba triunfante de que un Presidente vitalicio, con derecho para elegir el sucesor, es la inspiración más sublime del orden republicano”, Bolívar *dixit* en su Mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia, en Lima, el 25 de mayo de 1826. Esta inspiración sublime del orden republicano, presidencia vitalicia con derecho a elegir sucesor, seguirá manteniéndose viva —con sus diferentes bemoles— desde 1830, durante la República del siglo XIX y hasta nuestros días. Páez fue el hombre fuerte —el nuevo ocupante de un trono ahora con forma republicana pero fondo monárquico— capaz de consolidar la estructura de la *res publica* pero sin dejar de ser censitaria. Luego vendría el “fiero caudillaje” militarista decimonónico y los caudillos únicos de comienzos del siglo XX, aquel César Democrático, aquel Hegemón o “cirujano de hierro” por el que clamaban nuestros positivistas. Esta figura del hombre fuerte, del caudillo necesario, y de una estructura de gobierno “ejecutivista y dictatorial”,⁷ para lograr la estabilidad republicana, con todo y su discurso sobre el caos y el orden, no es más que un apéndice de la autoridad monárquica con atuendos republicanos. Finalmente, en la era del populismo, a pesar del surgimiento de unas estructuras de poder menos personalistas, los partidos políticos modernos; pronto gestaron éstos sus caudillos civiles, amos de las decisiones colectivas. Luego de 1958 se eligieron monarcas cada cinco años. Así llegamos al movimiento personalista actualmente en marcha en el país, cuando pareciera que no se eligen monarcas, sino al Monarca, ahora con derecho a reelección, deseablemente ilimitada según han propuesto algunos.

Es decir, hemos necesitado siempre de una cabeza única que sirva de soporte a la unidad política de la nación venezolana. Y allí está a mi juicio la clave del substrato monárquico que gobierna —consciente o inconscientemente— nuestra mentalidad colectiva. Este no sólo implica el control absoluto desde un centro de la estructura de poder, sino también la obediencia y sumisión, incluso la necesidad colectiva de su existencia. Hemos sido capaces de darnos nuestras propias instituciones, de llevar a cabo nuestra propia modernidad, pero el factor principalísimo de unidad, de cohesión política, de homogeneización colectiva está dado por la su-

⁷ Machado Hernández, A., *Política sociológica hispanoamericana y en especial de Venezuela*, Caracas, 1907.

pervivencia de una concepción absolutista del poder. Y en la perpetuación de este rasgo ha jugado un papel muy importante el culto a los héroes y, en última instancia, el culto al héroe máximo, cuya lógica la pone Briceño Iragorri en estos términos: "Se rinde 'culto' a los hombres que forjaron la nacionalidad independiente, pero un culto que se da la mano con lo sentimental más que con lo reflexivo".

El itinerario de la palabra Revolución

Si lo sentimental y heroico gobiernan nuestro ser-y-estar-en-el-mundo, ¿qué papel cumple en esta lógica el mote revolución? Es su principal aliado. Comencemos señalando que lo que ocurrió desde 1808 hasta 1810 fue la implosión del mundo hispánico. Este hecho nos previene contra el uso de la palabra revolución. O, al menos, nos informa que ni el proceso de independencia, fuese este revolucionario o no, ni la redefinición de las identidades colectivas inherente a este proceso fueron lineales o simples. Todo esto viene al caso en relación a la respuesta que se le dé a la pregunta sobre si la Independencia fue o no una revolución. Digamos que en una primera etapa asistimos más a una explosión del patriotismo criollo, en el que españoles y americanos –todavía no se hablaba con profusión de venezolanos– rivalizaban por el vínculo con la "nación española", identificándola con el conjunto de la Monarquía. Minada la unidad de ésta y desaparecido el Rey, obligaba a reconstruir una nueva representación política a través de esa suerte de fantasma lógico que ha sido para nosotros la soberanía popular. Y fue a esto que se le denominó revolución. La visión absolutista del poder se diluyó casi por sí misma y de un solo trazo. Ahora, la legitimidad del poder no podía surgir más que de la propia sociedad. Viejos vinos en odres nuevos. De acuerdo. Sin embargo, allí estaban la nueva arma de la palabra, ahora en su condición de palabra independiente, y sin embargo íntimamente ligada a lazos casi que indisolubles. En 1865 exclamaría Juan Vicente González, poniendo en tono lírico algunos recuerdos patrios, "¡Oh días que no se olvidarán nunca! ¡Oh Revolución! ¡Oh República!"⁸.

⁸ González, J.V., Biografía de José Félix Rivas, (prólogo, bibliografía y cronología por Carlos Pacheco), Caracas: Monte Ávila Editores, 1990 (1865), p. 106.

Por supuesto que nunca olvidaríamos aquellos días de república, de revuelta, de definiciones. De manera que hay una indeterminación semántica, que no sólo abarca el momento independentista y el siglo XIX, sino también lo largo del siglo XX e inicios del siglo XXI, en torno a la palabra revolución. Se llamó revolución a la guerra de independencia, y se calificó de guerras civiles a los movimientos políticos y armados que continuaron hasta fines del siglo XIX. Este itinerario ha sido acuñado tanto por la historiografía patria como por la nacional y, luego, aceptado por las ciencias sociales bajo el influjo del materialismo histórico. Pero si observamos desprendidamente los resultados de la guerra de independencia se verá que siguieron intactos los privilegios y jerarquías del sistema colonial. Aca-so siempre ocurre lo mismo con cada orden político gestado luego de un lance revolucionario. Lo que sí introduce cada una de nuestras supuestas y, por veces, crueles revoluciones son cambio de orden verbal y legal. Revolución de las palabras y de las leyes, que no se materializan en revoluciones económicas o en revoluciones sociales y, mucho menos, en revoluciones interiores de orden afectivo y axiológico. Sobre las consecuencias de este uso y abuso de la palabra e idea de revolución nos alertaba Luis Castro Leiva en términos que no hacen sino vibrar en el ser histórico del venezolano:

Quizás por el desgaste del concepto de revolución, hemos olvidado que hace ciento ochenta años (1807) inauguramos la práctica 'liberal' de ese concepto político. Y que esa inauguración la hicimos bajo el efecto de una doble conciencia como actores políticos: por una parte, bajo el influjo directo de lo que se hizo en América del Norte —más que en Francia—; por la otra, bajo el deseo de establecer como programa político el desarrollo del concepto de libertad⁹.

Vale precisar, en todo caso, que si bien no es sostenible que la disputa de la independencia fuese una revolución, en el sentido dado al término por las ciencias sociales, sí puede afirmarse y comprobarse que tuvo proyecciones revolucionarias, por ejemplo: posibilitando el tránsito de la monarquía hacia la república. Lo que ocurre, como argumenta Carrera

⁹ Castro Leiva, L., *De la patria boba a la teología bolivariana. Ensayos de historia intelectual*, Caracas: Monte Ávila Editores, 1991, p. 62.

Damas, es que este tránsito no ocurrió de manera plana y establecida sino que adoptó diversos sentidos: "Hasta casi la mitad del siglo XIX no estuvo fuera de agenda la posibilidad de una Monarquía independiente"¹⁰.

Este uso y abuso de la palabra revolución en nuestro imaginario republicano está asociado, acorde con nuestra argumentación, a dos elementos que por lo general aparecen unidos:

1- El mito de los orígenes y de la ruptura histórica que ha gobernado el lenguaje político nacional.

2- El mesianismo como discurso y actitud desde la estructura de poder. Lo primero se refleja en una negación del pasado, de manera de simbolizar y justificar la autoridad como el advenimiento de un tiempo nuevo, en total ruptura con el tiempo precedente. En la interpretación oficial de nuestro proceso histórico aparece siempre la promesa de un comienzo que genera representaciones y creencias colectivas, pero genera también en el ámbito discursivo una ruptura en el tiempo, la constitución de un *antes* y un *después*. Y a esto ayuda de manera estratégica el uso del término revolución, con todo y sus significantes. Negando el antes se busca construir la identidad de la sociedad con el después: lo que constituye el presente es la destrucción total del pasado, vía el argumento revolucionario.

Esta práctica, suerte de enigma para algunos pensadores, es interrogada en 1868 por Cecilio Acosta en sus "deberes del patriotismo", no sin cierto tono de queja: "¿Por qué nos separamos nosotros siempre del pasado, por qué metemos nosotros un muro entre administración y administración, y cortamos la unidad de la vida política?"¹¹

Es el tejer y destejer de nuestro proceso histórico parte del itinerario de la palabra revolución. Y llega a tener visos de permanencia si observamos, por ejemplo, que en 1930, más de seis décadas después de la pregunta de Acosta, insiste Laureano Vallenilla Lanz en aquel rasgo que no deja de sorprender por lo dramático de sus términos:

Obsérvese (...) que cada generación, cada partido, cada revolución, no abrigó nunca otro propósito sino el de destruir para crear (...) volver a la nada,

¹⁰ Carrera Damas, G., *Bolívar, la revolución de la revolución de la Independencia y la creación del sistema republicano*, Caracas, diciembre, 2003, mimeo, p. 2.

¹¹ Acosta, C., "Deberes del patriotismo", reproducido en *El Cojo Ilustrado*, Caracas, I.I.1893, p. 15.

en la fe absoluta de que era fácil tarea hacer una nueva República, crear otra alma nacional, otro carácter nacional, hacer otro pueblo, de acuerdo con sus doctrinas idealistas.¹²

De allí en adelante esta lógica se hace indetenible. Se presenta una articulación casi secreta entre poder, individuo, grupo y clase social que posibilita la oferta política de un nuevo mundo, de un tiempo de construir, pero desde la sociedad también se espera y se cree en esta oferta, suerte de plegaria de las inconsecuencias, pero que genera creencias, apoyos y adhesiones. Así haya que recurrir luego a expresiones del tipo: “La revolución (...) ha sido inicua y falseada”¹³.

Con relación al mesianismo como discurso y actitud, este ronda los campos del Yo, del ego, de la lógica equivalente entre el sujeto y la identidad colectiva. Es la consecuencia lógica e inevitable de la sobredeterminación heroica, de esa supuesta invención y reinención de nuestra historia que hace de la misma una historia de biografías y no de hechos. Si examinamos en detalle nuestro pasado, al menos el republicano, encontraremos una larga lista de relatos de actos realizados por hombres a manera de descripciones de vidas y hazañas de héroes. Esto conlleva a esa asociación entre historia y biografía que por veces confunde acerca de esa doble interrogación de cuáles son las funciones de la “masa” y del “gran hombre” en los cambios históricos, y cuál es el modo de hacerse efectiva la recíproca acción entre ambos. Por lo general, el gran hombre infla de importancia la presencia de la masa para acceder al poder; así: la guerra de independencia vio al pueblo volcarse en los campos de batalla, la Federación fue un acto de masas sin precedente, las primeras reacciones contra el caudillismo decimonónico vieron al pueblo en las calles, el 23 de enero de 1958 ocurrió gracias al bravo pueblo y su presencia por todo el país. Así, el héroe aparece de manera ambigua como un humilde intérprete de

¹² Vallenilla Lanz, L., “La influencia de los viejos conceptos”, en *Disgregación e integración. Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana*, Caracas: Imprenta El Cojo, 1930.

¹³ Expresión que aparece el “Manifiesto Inicial de la Federación”, desde Coro, proclama del Coronel Tirso Salaverría, 21 de febrero, 1859. Ver *Documentos que hicieron historia, 1810-1989. Vida republicana de Venezuela*, Vol. I, 1810-1864, Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1962, p. 517.

los sentimientos populares y como un ejecutor de los deseos y aspiraciones de la masa. Mientras que del otro lado, del lado de las multitudes se le rinde un culto auspiciado por el discurso del poder. Tema fascinante y harto complejo sobre el que no vamos a insistir. Sobre la lógica subyacente al lenguaje del mesianismo y el heroísmo valgan los términos utilizados por Antonio Leocadio Guzmán para calificar la obra de su vástago, aquel “Ilustre Americano, Pacificador, Regenerador y Presidente de los Estados Unidos de Venezuela”, Antonio Guzmán Blanco

Yo no sé, Señor, porque se os ha llamado restaurador. Se restaura lo que alguna vez ha existido; pero, ¿cuándo había existido en verdad la república de Venezuela? No se os puede llamar creador porque este atributo pertenece, de manera exclusiva, al Omnipotente; pero si no habéis sacado la república de la nada, es indudable que la habéis desprendido del caos. Caos era la existencia en que gemía Venezuela.¹⁴

Este deseo de grandeza, de ser héroe no sólo es alimentado por el mesianismo del interesado sino insuflado también por las palabras de quien le interesa heroificar para justificar una estructura de poder. De allí entonces la predilección por asegurar la creencia de que lo que se emprende siempre será revolucionario. Además, siempre se será cuidadoso de exaltar ciertas características individuales que acompañen el ímpetu transformador: “la propensión al sacrificio, la capacidad de mediación y de manipulación, la asimilación de cualidades pertenecientes a héroes del pasado, una cierta aptitud para servir a causas contradictorias” (se es autócrata pero civilizador, se es civilista pero militarista, se es demócrata pero personalista, se es de izquierda pero reaccionario). Mesianismo y heroísmo son, entonces, para el caso venezolano experiencias históricas que gobiernan la mentalidad colectiva. Estamos acostumbrados a sus prácticas y nos comunicamos perfectamente a través de su lenguaje. A partir de Bolívar y su culto nos hemos acostumbrado a individualizar el desarrollo de nuestro proceso histórico a través de una lógica de la equivalencia que

¹⁴ “Discurso del Presidente del Congreso de Venezuela, luego de haber leído su mensaje el Presidente de la República, Antonio Guzmán Blanco”, sesión del 24.3.1876. En *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX La Doctrina Liberal*, vol. 6, tomo II, Caracas: Presidencia de la República 1961, p. 358.

identifica Independencia con Bolívar, República con Páez, Federación con Zamora, pacificación del país y centralización del Estado con “Gómez Único”, democracia representativa de partidos con Rómulo Betancourt, democracia participativa bolivariano-militarista con Hugo Chávez. Lo demás es adorno, lo que importa es la figura que encarna la heroicidad. Así se construye en la historia de Venezuela una suerte de modelo heroico de identificación colectiva basado en la individualización y banalización de nuestro proceso como sociedad, donde la ironía no deja de estar ausente y donde el héroe se convierte al final de cuentas en un hombre sin cualidades. Siguiendo el rumbo y la lógica de estas encarnaciones particulares de la heroicidad podrían los venezolanos construir un fresco sobre la fábrica de héroes como destino y proceso de nuestro ser colectivo.

Las armas, las palabras, los lugares

Dentro de esta lógica, el hombre de armas viene a sintetizar los dos rasgos histórico-psicológicos anteriores. En éste aparecen para confundirse el substrato monárquico y el exceso de heroísmo. Vinculados desde sus inicios tanto a las luchas contra la Monarquía como a la construcción del altar de los héroes patrios, los militares se convierten en pilares de la identidad nacional. De hecho, siempre que ha sido necesario, sus fuerzas se han movilizado para ayudar a la afirmación nacional. Durante todo el siglo XIX y primeras décadas del XX, la cohesión de la nación venezolana estuvo en manos de sus fuerzas armadas. Con sólo dos presidentes civiles en cien años (Vargas, 1834-1835 y Juan Pablo Rojas Paúl 1888-1890), el hombre de armas protagonizó un doble papel:

- 1- Ser actor de primera importancia en la estructura política nacional;
- 2- Ser garante del culto a los héroes patrios lo que condujo a una verdadera “militarización” de la memoria colectiva.

El fin del fenómeno caudillista disgregador que caracterizó nuestra historia política a lo largo de un siglo y la pacificación de la sociedad son algunos de los méritos de los hombres de armas. Méritos que al mismo tiempo fueron utilizados como justificadores de largas y crueles dictaduras, como la de Juan Vicente Gómez. La fuerza de su legitimidad política se conquistaba a través del poderío de las armas. En estas condiciones adversas para el desarrollo de fuerzas civiles es cuando precisamente sur-

giró al final de la década de 1920 un movimiento contestatario al régimen gomecista emanado del estudiantado universitario e inspirado por la retórica marxista-leninista derivada de la revolución rusa de 1917. Se abre desde entonces una brecha infranqueable entre las élites militaristas gobernantes y las élites civilistas emergentes.

Casi todo el aprendizaje político de los nuevos actores políticos se hará prácticamente bajo el signo de la “resistencia” a la dictadura militar de la pura fuerza. Será desde la “Gloriosa revolución de octubre” de 1945, pasando por el interregno del régimen de Pérez Jiménez, cuando las nuevas fuerzas civiles pongan en práctica los contornos de un sistema político democrático, basado en la fuerza de la palabra pública y popular, tal como entró en escena a partir de 1958. Y esos 40 años que mediaron desde el surgimiento del nuevo sistema político son quizás la transformación más o menos interesante que ha ocurrido en casi dos siglos de vida republicana, en el sentido de habernos dado una vida pacífica, sin alejarnos de la democracia y sin tomar el atajo de la pérdida de la libertad, atajo favorito –por cierto– de los hombres de armas bajo el argumento de poner orden en casa. Así se expresan por lo general los hombres de armas cuando asumen el poder: “Las Fuerzas Armadas (...) han asumido plenamente el control de la situación para velar así por la seguridad de toda la Nación y lograr el definitivo establecimiento de la paz social en Venezuela”¹⁵.

Sea para poner orden o para lograr la paz social la lógica de las armas siempre se justificará con argumentos de interés general. De esta manera la dialéctica entre democracia y dictadura figura en la imaginación política de los venezolanos, acaso como una prolongación de aquella maniquea confrontación entre civilización y barbarie, que en las postrimerías del siglo XIX e inicios del XX se convirtió en la base de una cierta identidad moderna. Mientras intelectuales de la talla y figura de un Rómulo Gallegos o un Picón-Salas, entre muchos más, enfocaron el distintivo carácter bárbaro de caudillos y dictadores, emblemas de nuestra cultura política, analistas y científicos sociales de más reciente data se concentran en general en exaltar el modernizante ejemplo de las instituciones y prácticas democráticas como elementos de progreso. Pero en el imaginario colec-

¹⁵ *Documentos oficiales relativos al movimiento militar del 24 de noviembre de 1948*, Caracas: Oficina Nacional de Información y Publicaciones, 1949, p. 11.

tivo persisten rémoras de una cierta simpatía por los regímenes inspirados por los hombres de armas. Si miramos hacia atrás en el tiempo, lo que se observan son imágenes competitivas entre democracia y dictadura. Ambos extremos aparecen como los mayores adversarios en el drama redentor de la sociedad. Pero si vamos al fondo de la cuestión las diferencias discursivas entre ambos es más sutil y menos tajante de lo que se supone. Laureano Vallenilla Planchart, partidario de los gobiernos de fuerza e impenitente ideólogo de los hombres de armas nos coloca la cuestión en estos términos:

No se trata de escoger entre democracia y dictadura. La fórmula poco importa porque ella ni da ni quita capacidades. El problema es de fondo, cultura contra barbarie, llámese ésta demagogia o tiranía, y para alcanzar la victoria es necesario movilizar todos los recursos, todas las reservas, todas las energías de la nación¹⁶.

La cultura ahora estaba con la dictadura de la pura fuerza, la democracia adoptaba la forma de demagogia y barbarizaba las energías de la nación. Había que llegar a una figura intermedia. Y esta no sería otra que los gobiernos cívico-militares (hoy día vivimos uno, por cierto), clara expresión de esta familiaridad entre democracia y dictadura, entre la fuerza de las armas y la fuerza de las palabras, de esa suerte de cohabitación entre el poder de civiles y militares. Cohabitación bien avalada históricamente no sólo por el militarismo tradicional, sino también por los sobrevivientes del fracasado comunismo autoritario y por algunos socialistas desorientados. El discurso y mito del gendarme necesario –tal como se desarrolló desde Bolívar en adelante– vendría a tender, precisamente, el puente discursivo justificador y legitimante entre dictadura y democracia, entre las armas y las palabras¹⁷.

Apresurémonos a señalar, ya para finalizar, que la idea de gobiernos fuertes que apelan a las bondades de la dictadura en contraste con

¹⁶ Vallenilla Planchart, L., "El mensaje presidencial", editorial de *El Heraldo* (bajo el seudónimo de R.H.), en *Editoriales de El Heraldo*, por R.H., Caracas: Ediciones de El Heraldo, s/f, pp. 69-70.

¹⁷ Este tema ya lo he tratado en otra parte. Ver Dávila, Luis Ricardo, "Dictadura y Democracia en Venezuela. Discurso y Mito del Gendarme Necesario", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, 22, 2002, pp. 63-90

los vicios de la democracia, es decir, de los gobiernos débiles, siempre ha sido acariciada por los venezolanos. Siempre sobran los nostálgicos de un pasado mejor; aquellos que creen que la dictadura de la pura fuerza, encarnada en un héroe necesario, con trasfondo monárquico, arrojará más frutos a la nación que la democracia del puro voto que ha caracterizado el imaginario político venezolano desde aquel glorioso 23 de enero.

Pero recordemos que la dotación de un conjunto de valores comunes generó una impactante historiografía patria marcada por la exaltación de los hombres de armas, tanto más al ser escrita o por ellos o por sus partidarios. Hasta el punto de llegar a idealizar al elemento armado en tanto motor de la construcción nacional. Los mitos fundadores portaban el estandarte y el uniforme de las armas. En la búsqueda de la generación de los valores modernos, las Fuerzas Armadas llegaron a constituir en la República la matriz de un pueblo nuevo así como fundamento de las identidades colectivas. En este sentido, su agrupamiento ha sido siempre en torno a obras redentoras y mesianismos, a fundaciones y refundaciones.

En la prolongada y forzada brevedad de este artículo sólo he podido asomarme a ciertas claves históricas y psicológicas que gobiernan actitudes y posturas de los venezolanos pero que igualmente han contribuido a componer el telón de fondo de libertad y democracia que ha reinado hasta ahora entre nosotros. Precisamente hoy amenazado por el asalto al poder de ideologías al mismo tiempo revolucionarias y reaccionarias. A mis palabras le ha acompañado una invitación a pensar críticamente nuestro ser histórico, a mejor comprender para así derrumbar aquellos mitos que nos han gobernado explicándonos de una manera plana y simple. Pero igualmente he querido estimular la comprensión de esas transiciones mentales que van ocurriendo dentro de nosotros mismos que nos ayudarían a asumir nuevas formas de conciencia histórica sin ocultar realidades ni tomar atajos que eviten pensarnos como lo que realmente somos.

Luis Ricardo Dávila

Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas
Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela